

DE CUALQUIER DÍA, UNA MAÑANA

Entre dos columnas de Hércules, la mirada se proyectaba infinita, Bebía vino, comía aceitunas y mientras el reflejo de una mesa aluminada me salpicaba la cara, me dejaba impregnar por la supuesta apacible realidad de una sociedad bien construida. Las fuentes vivas pulverizaban agua desde un telúrico diseño. El sol, incansable en este invierno, equilibraba las mínimas temperaturas que anunciaban los termómetros.

Madres con niños abrigados pero felices, jóvenes y ancianos paseando canes de distinto pelaje. Los veladores iniciaban la mañana y entre los transeúntes algún músico portando su herramienta a la espalda que siempre alegran la vista.

Por el contrario, entre los pocos vehículos que transitan por esta especie de plaza aislada y para que no se nos olvide que estamos inmerso en una ciudad cualquiera, tres motos de policía saltándose las normas peatonales, te traen a la memoria los salvajes episodios que acontecen actualmente en los alrededores de cualquier rincón y cualquier persona.

La mañana de este día que no es ningún día concreto, dejaba de iluminar con la misma intensidad que antes.

Lo que era puro placer de horas muertas, se convierte, por momentos, en una sensación vacía, solidaria, y de inquina hacia no sé que.

Hacia la policía? Hacia los políticos? Hacia los humanos? Hacia la propia sociedad?

No lo sé, lo único que sé es que entre todos me habéis jodido la mañana.

Seguramente yo también sea culpable.